gría de una alborada de Mayo, ni la serenidad abrasadora de un día canicular, ni la terrible majestad de la tormenta, cuando desatada en las alturas, incendia con carbonos fulgores las cumbres de la sierra.

Creía yo entonces—pobre muchacho en soñador—que un orto de fuego sería opaco y brumoso para el malvado; que los lirios del río no tendrían aromas para el perverso; que las selvas acallarian sus músicas y enmudecerían medrosas, cuando pasaran bajo sus arcadas, bajo sus festones de follaje, corazones manchados. Creía yo que el verdadero amor era premio y palma de la bondad, y que para amar y ser amados, con amor tan alto como yo le sentía y alcanzaba a comprenderle, elevación sublime, anhelo incesante de perfección, aspiración interminable a lo absoluto, era preciso que el alma se asemejase, por lo inmaquillada y pura, a la flor que coronada de rocío abre su intacta corola al soplo cariñoso de los céfiro.

Pasé la noche en la ventana. Orión descendía hacia el ocaso, y el Carro iba ocultando sus estrellas en las profundidades de la tenebrosa nube que subía lenta y creciente de los húmedos valles de Pluviosilla.

Permanecí largo rato con el rostro entre las manos. El sueño entornaba mis párpados, iba yo a recogerme, cuando grave, majestuosa, sonó la campana mayor del templo parroquial. Tañido misterioso y solemne que anuncia la llegada del día; que repetido de montaña en montaña, dice a los moradores de la serranía que Villaverde ha despertado.

A los ecos del sagrado bronce, contestan el río, la selva, los huertos y las aves. Las corrientes del Pedregoso cambian de ritmo; hay en las espesuras preludios corales amorosos aleteos, y principia por todas partes el movimiento y la vida.

Diríase que los vientos se apresuran a derramar por los valles el aroma de las flores que se abrieron durante la noche.

Los toques de la campana eran pausados y lentos. . . Cesaron, y, un instante después estalló en todas las torres un repique bullicioso y placido, retazón de infantil, como si convocara turbas escolares, como si fueran los tañedores angelillos traviesos escapados del cielo.

¡Las misas de agninaldo!

XXVI

Oí ruido en la habitación contigua. Tía Pepilla se había levantado, y no tardó en llamarme. Daba golpes en la puerta, y al contestarle yo decía:

—¡Vamos perezo! Ya está amaneciendo. . . ¡Arriba! Ya es hora. . . Si has deir con no nosotras, levántate! ¿No has oído el repique?

Y la buena señora reía y bromeaba como una chiquilla.

Aún no cesaba la música de las mil campanas vilaverdinas. Las de la Parroquia, graves, solemnes, como un arcediano cuando entona el prefacio en la misa de Corpus; las de San Francisco seriotas, sonando en ritmo circular, rotando el toque, como en los domingos de cuerda; las de San Juan desafinadas y chillonas; el campanario de la iglesia de San Antonio armaba una algazara sin igual, como en una orquesta platillos y chinasco; en la espadaña del convento de Santa Teresa se volvían locas las campanillas, y el esquilón rajado del Cristo resonaba presumido y vanidoso, a semejanza de un tenor cascado que no quiere retirarse del teatro.

El conjunto era singularmente bello. Aquel repicar vario y caprichoso, sin unidad ni medida, tan distinto del otro con que se anuncian los días solemnes y las fiestas clásicas, tenía algo de la maravillosa música moderna en que parece que los instrumentos van libres, de su cuenta, campando por sus respetos, desdiciendo compás y disciplina, huyendo los unos de los otros, pero que de pronto se unen y concuerdan en rara e incomparable armonía, que primero sorprende, luego subyuga y, por último, nos hace ver bosques si-

lenciosos, regiones celestes sin nubes ni celajes, cerúleos adormecidos mares.

La música de los campanarios caía sobre la ciudad en frescas oleadas y se difundía por el valle, á manera de río desbordado que quisiera escaparse por los barrancos. Allí se detenía un instante, y luego como que se levantaba ansiosa de volver á las alturas, para remontarse á los cielos en pos de los astros que iban palideciendo y borrándose en la tenue claridad del crepúsculo.

¡Qué bien se armonizaba aquel vibrante vocerío con el despertar de valles y montañas, con los preludios del pueblo aliado, con el susurro de las arboledas, con el canto idílico del Pedregoso, con el titilar de los luceros, con el mugir de las vacadas en el cercano ejido!

No sé por qué temí que la tía Pepilla supiera que no había yo probado el sueño. Deshice el intacto lecho, revolviendo sábanas y colchas; tomé el sombrero y el gabán, y salí al corredor. La anciana y Angelina me aguar daban allí. Tía Pepa muy rebozada en el pañolón; la doncella, caído sobre los hombros el abrigo, me dejaba ver su hermosa frente.

—¡Buenos días!—me dijo tímida y medrosa.

Seguro estoy de que se puso roja como una amapolita al estrechar mi mano.

—Vamos, muchacho. . . vamos. ¿Qué aguardas? Y tú, Angelina: ¿despertaste á señora Juana para que se quede con Carmen?

—Sí, señora. —Pues vámonos, Rorró; que de aquí á San Antonio ya tenemos que andar. Está lejoso, pero allá iremos,—repetía—que allí hay pitos, y sonajas, y panderos, y música de cuerda que toca sonas y piezas alegres, y la misa no es larga. . . ¡Como que la dice el P. Solís! Tomamos calle arriba, por una acera angosta y desigual. Había que subir penosísima cuesta. La capilla de San Antonio está en el Barrio Alto. Desde allí se goza de un hermoso panorama.

Ardían los faroles con mortecina luz. Los serenos apagaban sus linternas, y grupos de mujeres y de niños iban apresurados hacia el templo. Las madres regañaban á los chicos por que sonaban sus pitos y sus panderetas, como si temieran que á la hora precisa se les quedaran mudos.

Ofrecí mi brazo á la anciana. —No;—me contestó—voy mejor sola! Dáselo á la señorita. . .

Angelina no le rehusó, pero comprendí que le aceptaba por compromiso. De pronto se detuvo tía Pepa, y, sonriendo, nos dijo: —¡Bonita figura! ¡La vieja siguiendo á los galanes!

Angelina quiso desenlazar su brazo, pero yo no le permití.

Encontramos nuevos grapos que iban á toda prisa, sin duda para ganar puesto en la capilla. En una esquina topamos con unos *nacateros* que se dirigían al mercado, muy cargados con grandes piezas de carne sanguinolenta. Al llegar á la plazuela pasó de lante de nosotros un lechero, jineta en un caballo, á cada lado un cántaro. Nos saludó respetuosamente. Era un joven; bien claro nos lo dijo su fresca y limpia voz.

—Es Mauricio. . . —dijo Angelina. —Es el lechero de Santa Clara. . . Dala hacienda del señor Fernández—agregó la anciana, dirigiéndose á mí.

Cuando subimos la escalinata vimos que las gentes se agolpaban en la puerta. Aún no abrían los sacristanes, y todos pugnaban por colocarse en buen sitio para entrar los primeros.

La capillita de San Antonio, el *santuario*, como la llaman los viejos vilaverdinos, es una iglesia de estilo churigueresco, muy bien dispuesta, y situada en lo alto de una loma desde la cual se domina toda la ciudad.

El cementerio está acotado con una verja que tiene sendas puertas en los tres lados. Onatro añosos cipreses dan al sitio un aspecto fúnebre, verdadero aspecto de cementerio.

Tía Pepilla no quiso llegar hasta el punto donde los devotos bregaban para abrirse

paso, y tomó asiento en el último peldaño de la escalinata.

Reían los mozos, charlaban las doncellas, regañaban las viejas, y la chiquillería iba de un lado para otro, con incesante ruido de cascabeles y de pitos de agua que remedaban, á maravilla, los gorjeos de un coro de alondras. Angelina y yo nos acercamos á la verja, vueltos hacia la ciudad. Ya no repicaban en las torres. En cada una de ellas una campanita tiplada, urgente y chillona llamaba á los fieles.

Aún no despuntaba el día. Los faroles de Villaverde brillaban en las calles oscuras y por encima de los tejados con un reguero de cocayos. El cielo menguaba en luces, y una apacible claridad glauca, pura como la atmósfera y placida como el fresco venticello que mecia los cipreses, iba inundando el firmamento. Orión se hundía entre los picos de la cordillera, y la Osa Mayor descendía hacia los valles de Pluviosilla. En la región opuesta, vagos albores anunciaban la aurora. La vega toda revivía; el Pedregoso corría gárrulo y cantante, como si sus ondas repitieran quedito la extraña armonía de los repiques.

El cielo limpio de aquella noche casi invernal perdía poco á poco su inmensa seriedad. Del vago albor que clareaba en las cimas orientales, de las suaves tintas glaucas que todo lo invadían, brotaron lentamente, primero indecisos é indefinibles, luego distintos y bien perfilados, celajes y nubecillas de color de violeta, á través de las cuales vimos desaparecer las estrellas, entre mil ráfagas de fuego. Las campanitas seguían llamando á misa; el río seguía cantando, y susurraban las arboledas, y venía de las selvas y de las cañadas algo como rumor de lejanas orquestas misteriosas que ejecentaran allá en la sierra, en lo más recóndito de la cordillera, inaudita sinfonía.

Abrióse, por fin, la puerta de la capilla, y la multitud se precipitó en el sagrado recinto.

De codos en la verja contemplábamnos nosotros el espectáculo arrobador de aquel espléndido crepúsculo; el panorama de Villaverde alumbrado por los rojos fulgores del naciente día, que incendiaba con reflejos de hornaza los celajes que bogaban en el horizonte. —Angelina:—exclamé estrechando la mano de la doncella;—¿me amarás siempre, siempre, como yo te amo? —¡Siempre!—contestó estremeceida.—Omo hoy, como mañana, hasta después de muerta!

A la incierta luz de la aurora, que bañaba en celestes claridades el rostro de Angelina, vi que lloraba, que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Nina!—gritó mi tía desde los umbrales del templo.—¿Qué haces? ¡Ya empezó la misa! La joven corrió hacia la iglesia. Las torres soltaron el último repique; el órgano desató sus raudales de místicas armonías, y á sus acordes solemnes se unió festivo coro de infantiles voces, de gorjeados pitos, de ruidosas y tintinantes panderetas. La misa principió. . . El P. Solís entonaba con su voz cilla devota y simpática:

¡Gloria in excelsis Deo!

XXVII

De mi casa al despacho de Castro Pérez. Terminado el trabajo, á eso de las cinco, nada de tertulia en la botca; nada de oír tocar á la señorita Fernández. A mi casita, á mi pobre casita que me parecía un alózar. Si acaso, y eso de cuando en cuando, á visitar al domine ó á charlar con Andrés. Los domingos, de vuelta de misa, á conversar con las tías y con Angelina, á leer, á escribir. . .

Por la tarde al patio. La doncella y yo regábamos las plantas y luego nos instalábamnos al pie del naranjo. Cortábamnos violetas y rosas, y nos entreteníamos en hacer ramilletes, empeñados en que el propio fuese el mejor. Angelina solía tejer unas guirnaldas en que mezclaba los helechos de un modo maravilloso. Gran variedad hay de ellos en Villaverde, y en nuestro jardincillo crecían de los más lindos. Cerca de la fuente, en las piedras,

y en los troncos viejos, se daban algunos que parecían plumas, cintas de seda, tiras de raso.

Concluía la obra corriendo á oír el fallo de las señoras. Para la enferma eran mejores los míos, para tía Pepa los de Angelina. El premio de aquellos certámenes florales consistía en un abrazo cariñoso de la infeliz anciana, la cual apenas podía alargar el brazo para acariciar al vencedor, pero siempre había para la joven una frase tierna, un halago de aquellos labios trémulos, á las veces contraídos por una sonrisa de dolor.

Los ramilletes servían después para decorar el altarito de la Virgen, ante la cual ardía á todas horas una mariposilla. Colocada la ofrenda volvíamos al patio. Entonces Angelina hacia otro ramillete, un ramilletín muy curo para alegrar mi recámara, puesto en una copa de cristal en que nunca faltaban diamantes, capullos carminados ó heliotropos fragantes.

Mientras la joven disponía las flores, fiados en que las tías no podían escucharnos, y en que señora Juana había salido, hablábamnos de nuestro amor. Las misas de agninaldo nos dieron ocasión de conversar muy á gusto. Salíamos: tía Pepa nos dejaba atrás, yo daba el brazo á la doncella, y desde la casa hasta la iglesia charlábamnos que era una gloria.

Más de una vez supliqué á mi tía que me contara la historia de Angelina; le pedí con insistencia que me refiriera cómo había quedado bajo la protección del P. Herrera, un anciano que á la sazón aposentaba en un pueblecillo de la sierra numerosa grey de labradores; pero la señora callaba, sin que ni ruegos, ni súplicas le hicieran abrir los labios.

—Pero, tía:—decíale yo—recuerde vd. que á mí llegada, hablando de Angelina, me dijo vd.: *yo te diré*. . .

—¿Para qué! contestaba. Es una historia muy triste. . .

No me causaba extrañeza la singular creación de mis tías. Así fueron siempre todos los de la familia. De ciertas cosas no se hablaba en mi casa. Esta reserva les fué perjudicial en ciertas ocasiones. Hasta que cumplí los veinticinco años no supe que mi tío Alberto, un bravo militar que murió en Yucatán, víctima del vómito, no era hermano de mi madre.

Mis abuelos le recogieron no sé dónde, le dieron crianza, nombre y carrera, y todos le creían hermano de mis tías. Nadie me contó esa historia. Súpela casualmente: Registrando un estante arrumbado me encontré varios documentos, cartas del abuelito y una copia de su testamento. En ellos leí la historia de mi tío y pude estimar el alma nobilísima del testador, generoso y desinteresado como pocos.

¡Y vaya si era el anciano militar era bueno! ¡Y vaya si era inteligente! ¡Qué cartas tan bien escritas! Tan claros los conceptos como aquella su letra española serena y gallarda.

A decir lo cierto, deseaba yo saber la historia de Angelina, pero no me atreví nunca á hablarle de esto. Ella se adelantó á mis deseos y una tarde, sentada al pie de los naranjos, mientras disponía sobre sus rodillas un haz de violetas, separando las que estaban marchitas y comidas de gusanos, cercenándoles el tallo, y haciéndolas en grupos, me dijo:

—Mira, mi Rorró: quíereme mucho, mucho, como te quiere tu Angelina. Te amo con el amor más grande que puede abrigarse en corazón de mujer; como saben amar los pobres y los desgraciados. Nunca te han contado las desdichas de mi vida? Nunca! Pues si no las sabes; si tus tías no han querido referirte mi historia, óyela de mis labios. Acaso debí contártela antes de dar oídos á tu amor, antes de confesarte mi cariño. Muchas veces he querido hablarte de eso; pero ó no he tenido valor para hacerlo, ó tú, con tus palabras amorosas, has distraído mi pensamiento. Bueno es que lo sepas todo. Así no podrás decir nunca que te engañé. Yo sé muy bien cuánto vale; que, por mil motivos, eres digno de una mujer que te honre, sin que la historia de su familia, ó el origen de la que llegue á ser tu esposa sea obstáculo á tu felicidad; yo bien sé, Rorró, que tu tía, doña Carmelita, desea

para tí una mujer de brillante cuna, elegante, hermosa. . . rica. Nada de esto tengo yo. No sé si soy buena ó si soy mala. Me basta saber que te quiero, y que te quiero tanto que por tí, bien mio, seré capaz del mayor sacrificio. Si te conformas con eso, hoy, mañana, cuando quieras, cuando cambie tu suerte, ó en cualquier tiempo, que yo á todo me avengo y ni busco riquezas ni lujos, y sólo vivo para amarte, dame tu nombre, seré tu esposa y viviremos felices. ¿No es cierto, mi Rorró, que basta muy poca para que dos que se aman, como nosotros, sean dichosos? Oyeme; no te apenes si ves que lloro, y déjame, déjame que te cuente todas las tristezas de mi vida.

Quise ahorrarme aquella pena, y le pedí que habláramos de otra cosa, le rogué que no me atormentara con aquella narración dolorosa. ¿A qué saber la historia de Angelina? ¿No me bastaba saber que vivía para mí?

—No!—Me oírás! Me oírás, Rorró! Sé muy bien que voy á darte una pena. . . pero, óyeme. . . y fingiendo disgusto y como amenazándome, tomó una violeta de larguísimo tallo, y con ella me azotó el rostro cariñosamente, agregando:—Me oírás vd., señor mio, ó. . . no vuelvo á mirarte así, como á tí te gusta. Así. . .

Y clavó en mis ojos una mirada apasionada y profunda.

—Te oiré, alma mía,—repose—si así lo quieres. . .

La doncella suspiró, quedó pensativa largo rato, bajos los ojos, abatida y triste, y sin mirarme dijo con inmensa ternura:

—Así te quiero! Y agité sin decir palabra, separando flores y cortando tallos. Le arrebaté las tijeras y el ovillo.

—Habla, Angelina. . . —Quiera Dios—replicó—que mi historia no sea para tí causa de pena!

En seguida agregó, variando de tono: —Dame las tijeras y el ovillo. . . Mira que si no me las das no tendrás flores en tu mesa. . . flores puestas por mí!

Le di lo que pedía. Al dársele observé que tenía los ojos arrasados en lágrimas. Quedó silenciosa largo rato, hasta que al fin logró dominar su emoción, y riendo, ó fingiendo que reía, como un niño que va á contar un cuento, principió:

—Está vd. para bien saber y yo para mal contar. . .

(Continuará.)

RUEGOS A MI AMANTE.

Todo hablará de amor á nuestro lado. ¡Amor! dirán los céfiro suaves; ¡Amor! arroyos, fuentes y cascadas; ¡Amor! las melodías de las aves; ¡Amor! los blandos ecos de las grutas, Amor repetirán los corazones, inundando la mente de ilusiones. (Márκος Arróniz.)

Ven á mi lado, ven, ídolo mío; ¿Por qué tan lejos de tu amada estás? ¿Por qué te muestras insensible y frío á las quejas que me haces exhalar?

¿Qué ya no me amas, vida de mi vida! Ha extinguido la ausencia tu pasión? Si así fuere, será el homicida De mi puro y ardiente corazón.

Porque tu amor es para mí la gloria; En tí reconcentrado está mi sér: Y si me alejas ¡ay! de ta memoria, Vida y gloria, infeliz, voy á perder.

No lo dudes, mi bien, ¡porque te adoro! Eres de mi alma, única ilusión; Y no trocará, no, por un tesoro De tus caricias el precioso don.

Ven á mi lado, ven, yo te lo ruego, Quiero tu aliento junto al mío sentir Y ver de tu mirada el dulce fuego Con que un día me alentaras á vivir.

Ya no te acuerdas de las gratas horas Que felices pasábamnos tú y yo? De las pláticas bellas, seductoras Del tiempo aquel que para siempre huyó?

Recuerdo yo de gozo entusiasmada El instante divino en que te vi;

Porque luego mi alma enajenada Con delirio te amó, con frenesí. ¿Pero cómo no amarte, si tus ojos Me prometían un cielo de placer?

Si el ideal que formaran mis antojos En tu rostro lo viera aparecer? ¡Ay! al instante que esoché tu acento Sin duda te rendí mi corazón;

Desde entonces mi solo pensamiento Es ser tuya con fervida pasión. Pero en vano te aguardo enteneceida Para pasar mi vida junto á tí,

Para darte en mis brazos acogida Y saber si me quieres sólo á mí. Pasan las horas con eterna calma Haciéndome sufrir su lentitud

Y tú no vienes ¡alma de mi alma! Ensueño que adoré mi juventud. Ven, mi bien, á gozar de los encantos Que una tierra de amor nos brinda aquí;

Escucháremos juntos esos cantos Con que embriaga el oído el colibrí. Todo hablará de amor á nuestro lado, El cielo con sus nubes y su sol. El carro de la luna abrigado, De la aurora el purísimo arrebol.

Con su velo de estrellas la alta noche, Con sus perfumes la modesta flor; La rosa abriendo su encendido broche, De la templada atmósfera el calor.

Las aguas argentadas del torrente, Del céfiro el gratísimo rumor, El aroma que exhala el suave ambiente, Todo nos hablará de nuestro amor.

Bellezas tantas, luz contemplando Embriagada de fervido placer, Y del Señor las obras admirando Veré las horas con quietud correr.

Y tú reclinadas tu sien ardiente En mi seno ardoroso de pasión: Y para divertirme dulcemente Entonaré gozosa una canción.

Ven, mi vida, aquí te espero: No te defengas por Dios, Que sellar tu frente quiero Con un ósculo de amor.

DOLORES GUNDEBERO.

(Poetisa mexicana.)

—o:—

MI TIO JULIO.

UN pobre viejo de blanca barba nos pidió una limosna, y mi compañero José Debranche le dió una moneda de cinco francos.

Al notar mi amigo la sorpresa que me embargaba, me dijo: —Ese infeliz me ha evocado una historia que te voy á referir y cuyo recuerdo me persigue sin cesar. Héla aquí:

Mi familia, oriunda del Havre, no era rica. Mi padre trabajaba como un condenado, volvía tarde de su oficina y no ganaba gran cosa que digamos. Tenía yo dos hermanas.

Mi madre sufría extraordinariamente á causa de la estrechez en que vivíamos, y con frecuencia dirigía agrias censuras á su marido. El pobre hombre hacia entonces un ademán que me afligía en extremo. Pasábase la abierta mano por la frente, como para enjugar un sudor que no existía, y no contestaba una palabra.

Los domingos íbamos juntos á dar un largo paseo. Mis hermanas, que eran ya casaderas, iban delante, y yo me situaba al lado izquierdo de mi madre, que daba la derecha al autor de mis días.

Al presenciar, durante nuestras excursiones, la entrada de los grandes vapores que regresaban de países lejanos y desconocidos, mi padre pronunciaba siempre estas mismas palabras:

—¡Ah! ¡Si Julio se hallara á bordo de ese buque, qué sorpresa la nuestra!

Mi tío Julio, hermano de mi padre, era la única esperanza de la familia, después de haber sido su perdición. Había oído hablar de él desde mi infancia y me parecía que le hubiera reconocido de pronto, por serme tan familiares los pormenores todos de su existencia, hasta el día de su partida para América